

## El primer inversionista es Dios

«Como el Hijo del hombre, que no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos».

Mateo 20: 28

La naturaleza humana, en su condición de raza caída, está enferma de pecado, y su mayor síntoma es el egoísmo. El daño del egoísmo en el carácter se exterioriza en la ambición del yo, pero cuando se reemplaza el yo para dar lugar a Cristo, el antidoto de la dadivosidad, inoculada por el Espíritu Santo, va ejecutando su poder curativo en el carácter; sin embargo, no todos los que van mostrando evidencias de conversión están libres de aflicciones. El salmista David menciona en el Salmo 34: 19: «*Muchos son los males del justo, pero de todos ellos lo librará el Señor*» (RVA15).

Ana era estéril y la aflicción que generaba esta condición no le permitía dar a Dios lo que ella consideraba la mayor inversión que puede realizar una persona: despojarse de su hijo para un propósito no egoísta.

Dios Padre se identificó con esa aspiración de Ana, porque más de mil años después, él mismo entregaría a su Hijo Jesús «no para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por todos» (Mat. 20: 28). Dios escuchó su clamor y le concedió su pedido, sabiendo que iba a recibir de vuelta la inversión que él mismo haría al darle un hijo.

Ella entregó su hijo a Dios, sabiendo que lo había recibido de él. Esto quiere decir que, lo que nosotros invertimos a favor

de Dios y su causa, ya fue invertido primero por él para nosotros. El rey David estaba en lo cierto cuando dijo: «*¿Quién soy yo, y quién es mi pueblo, para poder ofrecerte todo esto, y de manera voluntaria? Todo es tuyo, y lo que ahora te damos lo hemos recibido de tus manos*» (1 Crón. 29: 14, RVC).

El resultado de la inversión de Dios fue hacer provisión para su pueblo de un líder fiel, que fue profeta, sacerdote y juez en Israel. El resultado de la inversión de Ana, entre otros muchos, fue que, al cumplir sus votos de entregar a Dios el hijo por el cual clamaba, Dios la visitó y la bendijo con cinco hijos más (ver 1 Sam. 2: 21).

El resultado de nuestra inversión será extirpar de nuestro carácter algo tan ofensivo a Dios como el egoísmo, ser semejantes a Jesús y vivir la vida eterna. Y, con toda esta ganancia celestial prometida a nuestro favor, aun Dios nos ofrece retorno de la inversión aquí y ahora, como dice Jesús: «*De cierto les digo, que cualquiera que haya dejado casa, padres, hermanos, mujer, o hijos, por el reino de Dios, recibirá mucho más en este tiempo, y en el tiempo venidero recibirá la vida eterna*» (Luc. 18: 29, 30, RVC).

---

**Osmel Serrano Beitía,**  
administrador de la Misión Sureste Panameña.